

Antonio Monte Casablanca

***Sobre Hombres de empresa, saber y poder en Centroamérica. identidades regionales/
Modernidades periféricas, de Ileana Rodríguez***

Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica, Universidad Centroamericana, Nicaragua

antonio.montes@ihnca.edu.ni

El libro de Ileana Rodríguez, *Hombres de empresa, saber y poder en Centroamérica. Identidades regionales/modernidades periféricas*, es un conjunto de ensayos agrupados en tres partes principales que entrelazan tres temporalidades específicas de la literatura centroamericana con las reflexiones críticas del pensamiento latinoamericano. La obra está dividida en: I) “Viajeros: Geógrafos, Naturalistas, Arqueólogos, Agregados Culturales”; II) “Aculturación, Heterogeneidad, Hibridés, Multiculturalismo, Creolité, Tradición: reflexiones teóricas desde Latinoamérica”; III) “Escritores Regionales/Modernidades Locales: *El Salvador, Nicaragua, Guatemala*”. Cada sección concentra una parte de los tres corpus culturales mencionados anteriormente. De esta manera, Rodríguez estructura los ejes ontológicos y epistemológicos del libro para tejer rutas genealógicas que describen la modernidad leída a contrapelo desde la periferia.

El abanico de temas, conceptos, epistemes y hermenéuticas que la autora aborda es amplio y diverso. Además, su enfoque es inter/transdisciplinario, ya que agrupa teorías estéticas, políticas, sociales, subalternas, culturales y de género para analizar el corpus textual que nutre el libro. Sin embargo, al definir el momento de partida desde los textos de viajeros –a quienes Rodríguez titula “hombres de empresa”– la autora sitúa su ruta genealógica desde la modernidad y va rastreando las pistas epistemológicas de la misma no solo en los textos europeos, sino que

encuentra sus jerarquías de saberes, sus reacciones y vestigios ontológicos en las letras latinoamericanas, tanto en la academia como en la literatura. Justamente, la autora deshilacha los textos de viajeros para mostrarnos como sus concepciones estéticas y “científicas” tuvieron repercusiones políticas profundas. Aunque es imposible abordar todos los ejemplos y tesis que conforman la densidad del libro, es importante detallar las continuidades y contra-discursos que articulan la genealogía propuesta por Rodríguez, porque nos permiten argumentar junto con ella el postulado principal del libro, formar “las identidades regionales centroamericanas, hitos en ese gran arco de la modernidad en su versión periférica” (14).

En la primera parte, Rodríguez profundiza algunos de los temas abordados en sus libros *Transatlantic Topographies: Islands, Highland, Jungle* y *Primer inventario del invasor*. En este último, la autora propone los textos imperiales de exploración, conquista y colonización como el primer momento para la historia social de la literatura en Nicaragua. Divide los textos en dos áreas geográficas sujetas a dos dominios imperiales diferentes. En el pacífico imperó la colonia española; mientras que el Caribe fue parte del expansionismo inglés. Gracias a este encuentro tan próximo entre España e Inglaterra en territorio centroamericano, Rodríguez logra observar la tensión entre las miradas mercantilistas y las librecambistas que marcan la transición del siglo XVI al XVIII (*Primer inventario* 17-23) que funciona de antesala para la constitución de la modernidad en la región. En *Transatlantic Topographies*, la autora analiza la continuidad del inventario del invasor que está presente en los libros de viajeros, cuyas topografías interpreta como metáforas que almacenan las representaciones y narrativas del gran dominio colonial seguido por el imperialismo del siglo XIX.

En este tercer encuentro con los textos coloniales e imperiales, la autora lee a contrapelo los textos de Ephraim George Squier, John Lloyd Stephens y Arthur Morelet, *Hombres de empresa, saber y poder*, “porque vinieron con el fin de averiguar la utilidad que podían tener estas geografías [...] porque sus trabajos establecieron las bases de las ciencias geográficas, de la arqueología y de la clasificación de las especies en su aspecto positivista” (14). Los textos de estos hombres de empresa en su conjunto forjaron las convenciones narrativas que formularon

“las nuevas políticas de población que argumenta[ron] la exclusión de los indígenas de las políticas de la ciudadanía” (27). Especialmente Squier, quien según la autora, establece las bases en Centroamérica de las “ciencias geográficas positivas” y deshecha los conocimientos anteriores como imprecisos o datos de mera “ficción” (24). Pero en vez de justificar a Squier, Lloyd o Morelet como hombres envueltos en su época, Rodríguez utiliza sus textos como “punto de partida para hablar de la formación de identidades regionales como productos de la transculturación” (23).

El término “transculturación” es la bisagra que le permite rastrear las reacciones, interpretaciones y críticas de la academia latinoamericana a la construcción de identidades llevadas a cabo por los hombres de empresa. Por ejemplo, mediante los marcos teóricos de dichos autores, Rodríguez argumenta su tesis al releer la metáfora de las “Banana Republics” como un espacio reapropiado. Primero, debate la objetividad positivista de los textos decimonónicos al mostrar los pincelazos retóricos de los textos que ponen en evidencia la “red que amalgama belleza, abundancia, disfrute, y acumulación de capital” (43). En segundo lugar, nos muestra como el “engrandecimiento de las geografías y su construcción en espacios épicos corresponde [a] la masculinización de la investigación científica” (58), cuyos paisajes pintorescos encontrados en los textos de viajeros y archivos naturalistas son “una manera de representar una especie de manejo o gobernabilidad de las socialidades convertidas en paisajes de productividades” (59).

En la segunda parte de su libro, Rodríguez dialoga fundamentalmente con Fernando Ortiz, Ángel Rama, Antonio Cornejo Polar, Néstor García Canclini y Edward Kamau Brathwaite. Su interés es debatir los sedimentos y vestigios coloniales e imperiales que la teoría propuesta desde la academia latinoamericana problematiza durante las décadas tumultuosas de los años sesenta hasta los noventa. Quizás por casualidad, Rodríguez elabora dichas discusiones en los capítulos 6, 7, 8 y 9.

En el capítulo 6 (“Geografías físicas, historias locales, culturas globales”), la autora discute el concepto de transculturación junto con otros conceptos como heterogeneidad, hibridez, mestizaje y subalternidad. El debate que une estos términos está enfrascado en la discusión

sostenida entre los estudios literarios, culturales y subalternos. En ese sentido, las geografías físicas y las historias locales comprendidas en la región mediante la hegemonía de las culturas globales denotan las articulaciones y contrapartidas entre las propuestas teóricas de la modernidad desde la periferia. Rodríguez logra consumir este amplio abanico teórico en varios puntos nodales. En sus palabras:

Los estudios postcoloniales (Guha) parecen tener una dirección opuesta, u otra agenda cultural, a la de los estudios literarios (Rama) y culturales (Canclini) pero compatible con la de Hall y Cornejo. Aunque en ambos, Guha y Canclini, lo subalterno y lo híbrido pueden entenderse como métodos de lectura e interpretación, lo que le interesa a uno son las ausencias, lo no dicho, lo subsumido, las pequeñas voces, que no se oyen o que se glosan en otra parte, en otras historias y dominios (disciplinas); lo que le interesa al otro son las presencias. (116).

Rodríguez discute la diferencia entre las ausencias y las presencias como parte de la relación de oposición entre hegemonía y dominio, ya que esta relación es “lo que distingue la situación colonial” (117). Por un lado, Ortiz y Rama enfocan su interés en la “multiplicidad de voces” que “constituyen los predicados de la heterogeneidad” (118). Guha y Cornejo, por otro lado, “postula[n] que no hay conversación porque las otras voces no son escuchadas” (118), porque el subalterno representa las pequeñas voces de la historia.

La articulación entre hegemonía y dominio para reflexionar sobre las presencias ocultas de la historia, que parten desde las concepciones coloniales de los hombres de empresa, es lo que le permite a Rodríguez abordar los temas de la *creolización* y el *mestizaje* desde la transculturación. En el capítulo 7 (“Creolización, Hibridación, Pluralismo: Articulaciones Históricas de Raza y Etnicidad”) la autora nos muestra las ausencias y presencias que conformaron las construcciones sociales alrededor del *mestizaje* y la *creolización*. Mientras la *creolización* “marcaba la territorialidad de la diáspora” (126), el *mestizaje* optó por el término de negritud –evidenciado en Ángel Rama– para discutir la etnicidad en el Caribe francés:

Creolización, mestizaje, transculturación, todos parecen hacer referencia a los efectos del colonialismo y las mixturas que este trajo al continente, donde estos términos fueron formas de actualizar el colonialismo bajo el influjo del modernismo. Dentro de este marco, la *creolización* fue el término más inclinado a la izquierda, que representó una ruptura epistémica radical con las filosofías de la acomodación y la mediación expresadas en los tibios conceptos de transculturación y *mestizaje*, y que interrumpió la lógica lineal del discurso positivista. Veo estos últimos conceptos como interpretaciones de la política de acomodación en el marco de las culturas occidentales, mientras que leo la *creolización* como una crítica radical de la episteme occidental (127).

Ante esta discusión epistémica y conceptual, Rodríguez termina dialogando con los términos de hibridación, pluralismo y multiculturalismo, aunque con mucha cautela, porque sugiere que dichos términos necesitan de “mayor tiempo y espacio discursivo” (132). Lo que encuentra relevante es la capacidad de estos conceptos de moverse en un espacio intermedio. Canclini y Homi Bhaba plantean la hibridación como el “principal vector para la lectura de las culturas de la Diáspora, el colonialismo, y la colonización” a partir de estrategias de reflexión en y desde los “espacios porosos” de la modernidad, aquellas áreas de los excesos y las diferencias culturales que todavía están en el acto “de ser articuladas” (130).

En los siguientes capítulos Rodríguez discute la heterogeneidad y el multiculturalismo (capítulo 8) junto con el lugar que ocupa “la tradición” (capítulo 9) dentro de estos espacios porosos dotados de nuevas epistemes y re-significaciones ontológicas de la modernidad periférica. Entre heterogeneidad y multiculturalismo se encuentra el debate Norte-Sur en cuanto al abordaje de lo “diferente”, y aunque dichos conceptos son elaborados en contextos dispares, “ambos intentan explicar la racialización de las personas” cuyas narrativas y construcciones identitarias socializadoras forjaron las relaciones culturales y políticas con la tradición. Aquí Rodríguez dialoga con Jesús Martín Barbero, Stuart Hall, Eric Hobsbawm, Charles Taylor, Richard Rorty y Will Kymlicka. En resumen, la autora critica la noción de multiculturalismo y la expone como una tecnología del liberalismo que construye culturas mayoritarias y minoritarias;

es decir, culturas valoradas y culturas devaluadas en constante pugna. La membresía cultural (Kymlicka) desde la periferia debate constantemente su lugar con respecto a las tendencias universalizantes del liberalismo que las priva de agencia y de una elección verdaderamente democrática al no reconocer su largo bagaje racializador y colonialista. Ante este panorama, Rodríguez cuestiona los usos de la tradición para construir identidades regionales, debido a que la discriminación de las culturas devaluadas forman parte de la misma y median las relaciones entre el pueblo, las masas y las clases oligárquicas reproduciendo las susceptibilidades coloniales, arrastradas desde la invención de la tradición con base en los imaginarios hegemónicos de los hombres de empresa. Con eso en mente, la autora se pregunta si es posible “usar la ‘tradición para restaurar elementos de la comunidad y democracia” (164), para ello sugiere hablar de “tradición”:

no como arte y patrimonio sino como historiografía, archivística, como la presencia de otro conjunto de objetos y discursos que han sido dejados de lado, asuntos, artefactos, relaciones sin teorizar, entre ellos la cuestión de la heterogeneidad, subalternidad, regionalismo, heterogeneidades (164-65).

Para terminar, Rodríguez propone reflexionar sobre estas preguntas no desde la teoría política o la historia, sino desde la literatura. En contestación directa a los hombres de empresa que desecharon la “ficción” como forma de conocimiento, Rodríguez más bien arguye que ante el panorama actual de reconciliación, apertura democrática y las falsas promesas renovadoras del neoliberalismo desmemorizado es necesario leer las voces contra-hegemónicas y tempestivas que la literatura centroamericana produce en reacción ante la realidad centroamericana luego de las dictaduras, las guerras civiles y las revoluciones. En la tercera parte del libro utiliza la literatura de Salvador Díaz Arrué (Salarrué), Sergio Ramírez, Rigoberta Menchú, Carlos Cortés, Franz Galich, Horacio Castellanos Moya y Arturo Arias. En un primer momento, Rodríguez debate con Ramírez los términos que han catalogado las letras de Salarrué como “realismo costumbrista centroamericano”, “regionalismo vernáculo”, y “literatura cosmopolita”. A través de estos autores, Rodríguez establece la relación entre “literatura, etnología y lingüística” y propone “la

vinculación o solidaridad entre las producciones letradas locales y globales” (181). Las letras centroamericanas traen a colación “la bien conocida cohesión entre geógrafos, almirantes y naturalistas en la tematización de la región en riquezas naturales, vías de transporte, y análisis de la etnias” (181). En base a los argumentos anteriores su tesis es:

[...] que estos son los cuerpos humanos y bibliográficos que establecen los parámetros con que se leerán paisajes naturales y situaciones humanas que alimentan tanto “el regionalismo vernáculo” como “el realismo costumbrista centroamericano”. Es más, [la tesis] abarca la idea de que las dos estilísticas señaladas por Ramírez en Salarrué muestran la intersección de localidades y globalidades pero, mientras unas abrazan el Oriente, las otras el Occidente. (182).

Rodríguez, a diferencia de Ramírez, encuentra en *El Cristo Negro* de Salarrué las ambigüedades fonéticas, morales y culturales de los indígenas que componen las costas del “Bálsamo de Squier, que con sus mezclas causan toda ambigüedad, oscurecen el pensamiento, y dan pie a los estudios de la hibridez a las identidades malentendidas de las modernidades periféricas” (194).

Por tanto, lo que rescata de la literatura es la posición crítica en una etapa de transición política. En los textos de Ramírez y Moya encuentra la formación del archivo popular abyecto y las poéticas del desencanto que marcan la transición entre el sujeto popular insurgente y el “realismo traumático” (195). En esa línea, Rodríguez aborda luego el testimonio de Rigoberta Menchú para mostrar al sujeto que vive el trauma social de la época como parte de los “contra-públicos subalternos” encarnados en las “culturas milenarias” que representa el testimonio de Rigoberta (223). Su voz que reclama los *derechos de gente* problematiza el espíritu liberal-democrático porque se inserta en la posmodernidad mediante la fractura de las concepciones racionales burguesas. Ella define este conocimiento como la “epísteme del milenarismo cultural” que supera las discriminaciones históricas establecidas por la modernidad de los hombres de empresa (230). El testimonio es real, y logra articular lo indígena con el feminismo en la esfera pública, constituyendo un conocimiento capaz de transgredir el proyecto de gobernabilidad

democrática neoliberal centroamericano. Según Rodríguez, el texto feminista “es útil al étnico” porque “ambos entienden el poder de lo privado como público y político” (236).

El último capítulo (“Globalización y Gobernabilidad: desmovilización del gestor social nacional en Centroamérica”) profundiza esta crítica a la gobernabilidad con el apoyo de los textos de Carlos Cortés, Arturo Arias y Franz Galich. Sus novelas se colocan dentro de lo “abyecto –lo roto, deshecho, siniestro” que denotan el “cierre del proyecto de la ‘modernización socialista’ de la nación” (251). Estos autores más bien narran la desnacionalización desde la metáfora de la destrucción que encuentra solo ruinas fragmentadas y no un sujeto social o político articulado a la gobernabilidad que propone Ángel Saldomando, entre otros (ver 246). El sujeto desmovilizado es el sujeto posmoderno que habita el “verdadero submundo de la transición a la ‘democracia’, gente que todavía no ha alcanzado el nivel de desechables” (260).

Cabe resaltar que el texto de Rodríguez queda en deuda en un apartado específico. A pesar de preocuparse por la identidad del Caribe y la diáspora de las comunidades africanas, y de haber profundizado sobre la *creolización* en la segunda parte, en esta última no proyecta sus reflexiones a través de la novela o los textos culturales e identitarios de dicha área geográfica en la posmodernidad.

Sin embargo, este pequeño señalamiento no interrumpe o aminora la vasta reflexión teórica del libro. Sus temas, epistemes y rutas genealógicas nutren un amplio debate que todavía está sobre la mesa en los estudios centroamericanos. También es importante resaltar el esfuerzo por abrir el debate a nivel regional, abriendo Centroamérica a un debate cultural y social más incluyente. Su conclusión principal, que “en Centroamérica la nación no existe y la globalización rinde una imagen desmovilizada del gestor social local” (270) está abierta a ser cuestionada y argumentada mediante otros textos y nuevos enfoques teóricos, y este aspecto es tan sugestivo como sus tesis e hipótesis.

Rodríguez, Ileana. *Hombres de empresa, saber y poder en Centroamérica. Identidades regionales/modernidades periféricas*. Managua: IHNCA-UCA, 2011. 299 pp.

Obras citadas

Rodríguez, Ileana. *Primer inventario del invasor*. Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1984.

Rodríguez, Ileana. *Transatlantic Topographies: Islands, Highlands, Jungles*. Cultural Studies of the Americas, v. 17. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2004.